

¿Crisis cíclica o fractura?

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 21.12.08

Recesión, deflación, depresión? El fantasma de la gran depresión de 1929 se proyecta sobre un mundo consciente de que esta vez ocurre algo mucho peor que las crisis vividas entre finales del siglo XX y principios del XXI.

Hay temor. Cuando en Estados Unidos aparece la cifra desconcertante del 0,0 establecida para el precio del dinero, el tipo de interés, todas las previsiones se vienen abajo. ¿Estamos a un paso de tocar fondo o sólo en un camino cuyo fin desconocemos? Se ha acabado la era Reagan, dicen. Aquella fórmula de bajos impuestos y desregulación del mercado. Era una forma de optimismo, de fe en el liberalismo económico y financiero. ¡No lo toquéis, que así es el mercado!, parecía ser el consejo más sabio, más realista. Y ahora aquella aurora se nos vuelve un ocaso sombrío que levanta todas las dudas y miedos.

En el contexto del actual periodo histórico, de sentido tan inaprensible, sólo faltaba este gran movimiento tectónico. Huntington escribió del fin de la historia por aquello del hundimiento del comunismo y de la hegemonía unipolar de Estados Unidos. Luego, esta idea peregrina fue desautorizada por... la historia misma. Que sigue, como no podía ser menos. Y tuvieron mejor fortuna conceptos como globalización o multipolaridad. Pero en cosa de unos meses hasta esta jerga geoestratégica y económica ha sido superada por donde más duele, el hundimiento sucesivo del dogma de los dogmas: la economía de mercado como bien supremo.

Con lo que la sensación de perder pie es generalizada. Se han visto caer, uno detrás de otro, pilares financieros que parecían inamovibles. Y asistimos a lo más impensable en la economía de mercado como absoluto: no precisamente la autorregulación, sino la autodestrucción. ¡Y la herejía de la intervención pública como áncora de salvación!

¿Qué ha fallado? La pregunta se extiende en un sinfín de sospechas e incredulidades, entre las que emerge la palabra opacidad. Y otras: riesgo sofisticado. Más aún: complejidad que acaba escapándose de las manos. Y lo peor: fraude. Porque en el fondo está la falta de ética de la especulación. Así se descubre el agujero negro de una entidad como Bernard Madoff que se presentaba como paradigma de solidez, atractivo para selectos copartícipes.

En Estados Unidos, y en la misma Europa, se ha vivido en gran parte bajo el espejismo del todos propietarios y todos accionistas. También consumistas. Cuando la realidad ha sido que todo está hipotecado. Es la civilización del endeudamiento. ¿Qué hay que entender, así, por crecimiento sostenido, por sociedad de la abundancia, de la opulencia?

Virtualidad, virtualidad. Y, de pronto: carencia. De dinero, de trabajo. La OIT calcula en 210 millones el número de parados de aquí a un corto tiempo. ¿Era todo esto tan imprevisible, o se trata simplemente de un accidente en el camino del capitalismo como tantos ha habido? Los entendidos discrepan entre sí. Para unos, vale lo de las crisis cíclicas.

Se saldrá de esta como de tantas. El capitalismo tiene larga vida. Desde los siglos XVI y XVII. Lo digiere todo. Se transforma. Tuvo su nudo en el

comercio, en la industrialización. Ahora en los servicios, en las finanzas. ¿Ha llegado el tiempo de una de sus mutaciones, de sus metamorfosis que le hacen indestructible? La lista es larga: mercantilismo, proteccionismo, librecambismo, economía mixta, Estado de bienestar. Luego, privatización, liberalización, desregulación.

La economía comunista fue totalitaria, estatalizada, totalmente planificada. La capitalista juega al gato y el ratón con los estados, el cuerpo social, los individuos. Es tentacular. Da y quita. Acumula y distribuye con notable desigualdad.

Prolifera sobre márgenes extensos y excesivos de pobreza y de exclusión.

Entre las épocas más cercanas e ilustrativas del capitalismo, cuenta la que se desarrolló en el contexto de un amplio mundo comunista que quedaba al margen y el llamado tercer mundo, descolonizado pero todavía subordinado al primer mundo mediante la desproporción entre el precio de la oferta y la demanda de las materias primas. El Estado de bienestar se asentó sobre estas realidades. Algo que la mundialización ha alterado notablemente. Así, exigen lugar al sol las llamadas potencias emergentes, donde Estado y economía tienen estrecha relación. Y se busca la creación de amplias zonas de cooperación regional en iniciativas como la de Brasil al reunir en dos días en la ciudad de Saúípe a 29 jefes de Estado latinoamericanos, representantes del Grupo de Río, la Cumbre de América Latina y el Caribe, el Mercosur y el Unasur.

Se trata de algo más que una respuesta a la crisis actual. Es una voluntad de presencia activa en el circuito económico mundial cuando

Estados Unidos pasa con angustias el interregno presidencial hasta el próximo 20 de enero. Y la Unión Europea ha conseguido en su última cumbre de este año una mixtura imprecisa de medidas comunitarias y otras muy de acuerdo con la apuesta clara de Sarkozy por la Europa de las naciones. ¿Un neocapitalismo saldrá de la confusión del actual que afecta a todo el mundo? ¿Con qué oportunidades para los recién llegados y para las viejas potencias que las tuvieron prácticamente todas?